LA ESPANTOSA Y MARAVILLOSA VIDA

DE

ROBERTO EL DIABLO

HIJO DEL DUQUE DE NORMANDIA, EL CUAL DESPUES FUE LLAMADO HOMBRE DE DIOS

COMPUESTA POR JUAN DE LA PUENTE

En Barcelona, en casa de Antonio Lacaballeria, en la calle de la Libreria.
Año 1683.

Aquí comienza la espantosa y maravillosa vida de Roberto el Diablo, assí al principio llamado, hijo del duque de Normandía, el cual despues, por su santa vida, fue llamado hombre de Dios.

Humilmente en el principio de cualquier obra debemos llamar el ayuda y favor de Dios nuestro Señor, assí como nos muestra Boecio, *De consolación*, sin la cual ninguna cosa puede haber buen principio, ni buen medio, ni perfeto fin. Y porque nosotros pecadores no podemos alcanzar ninguna gracia de Dios, sin que su gloriosa madre sea nuestra medianera, como San Agustín escribe, y también porque la historia presente, que yo entiendo de declarar, fue por los méritos de la bienaventurada virgen gloriosa Santa María, milagrosamente llegada á buen fin, como por esto se declara, y porque á la gloriosa y bendita Virgen Madre quiera alcanzar de su bendito Hijo, que yo que soy rudo, y no suficiente á declarar la presente historia á provecho y salud de los que la leyeren, en el principio del presente tratado quiero á la gloriosa Señora de gracia presentar la salutación Angélica que el ángel San Gabriel le trajo del cielo á la tierra, *Ave María*, etc. Y ruego á todos los que placerá de leer este presente tratado, que assimesmo procuren su gracia, y porque ella mediante puedan alcanzar y entender las gracias y saludables ejemplos que en él hallarán y dellos conseguir buen fruto, y á ellos saludable.

El que entendimiento y uso de razón alcanza y se conoce estar en pecado mortal, debe con diligencia trabajar salir dél, haciendo penitencia, y con entero arrepentimiento pedir á Dios perdón, porque el maligno espíritu, enemigo de nuestra salud, no lo sojuzgue y traiga á perpetua damnación, de la cual ningún remedio de salida tiene, antes nuevas penas é inumerables tormentos le esperan, porque si el pecador viene en conocimiento de sus pecados, y de corazón invoca la inmensa misericordia de Dios, sin ninguna duda alcanzará remissión é indulgencia dellos, y será capaz de la bienaventuranza del Paraíso, como avino á un caballero, del cual tomó origen la presente historia.

En la provincia de Normandía hubo un duque muy noble, discreto y esforzado, benigno y muy humano á los suyos, y era justiciero y amigo de Dios, al cual llamaban Auberto, cuyos hechos y hazañas en las corónicas francesas se hallan patentemente declaradas, de las cuales dejo de hablar por no ser prolijo. Y solamente diré lo que á la historia conviene.

Tuvo este duque un día de Navidad Cortes en una su villa que había nombre Vernon Saseine, á las cuales fueron llamados todos los señores y barones y caballeros de todo el ducado de Normandía. Y como el duque Auberto fuesse muy querido de los suyos, y fuesse assimesmo por casar, después de venidos á las Cortes, fue de los caballeros de su ducado requerido que le pluguiesse de se

casar, el cual siendo aficionado al bien común, y viendo la demanda de los caballeros ser muy justa, les dijo que mirassen do podría casar más á su honra y provecho de su tierra, y que era contento de cumplir sus ruegos, y les dio término para mirar en ello. Los cuales dende á pocos días fueron á él, y le dijeron cómo el duque de Borgoña tenía una hija que de virtudes era muy dotada y alcanzaba gran parte de hermosura, y que tenían por bien que fuesse demandada, y el duque estuvo un poco pensando, y después los mandó venir á otro día en la mañana, y luego mandó llamar algunos sabios de su corte para haber dellos su consejo. Y después que los sabios hubieron muy bien mirado en ello, dijéronle que no dejasse el consejo de los caballeros, que de tal casamiento le procedía honra y provecho, y assimesmo á la República. Y otro día, juntados sus caballeros, ordenó de enviar una embajada al duque de Borgoña, la cual fue bien recibida, y aceptó luego lo que deseaba, y fueron los desposorios muy honrados, y dentro algunos días las bodas, cuales á tales príncipes pertenecían.

El duque Auberto hizo llevar á su esposa á Normandía, acompañada de muchos varones nobles y assaz dueñas y doncellas. Y llegados que fueron á la ciudad de Roán, fueron las fiestas solemnes y las alegrías muy crecidas, de las cuales dejaré de decir por huir prolijidad, y seguiré lo que al propósito de la presente historia hace. El duque Auberto y la duquesa su mujer vivieron en compañía sin haber fruto de bendición por el espacio de diez y siete años, ó por falta que en ellos había ó porque á Dios assí placía, ca muchas veces es mejor carecer de hijos que tenellos, y más provecho para la salvación de las almas al padre y á la madre nunca haber engendrado ni concebido, que tener hijos, si por mengua de doctrina son condenados. Por ende no habemos de pedir á Dios salvo lo que á nuestra salvación pertenece, y más á su servicio y voluntad fuere.

Estando el duque y la duquessa en gran tristeza, no cessaban de hacer muchas limosnas y otras obras pías, y con devotas oraciones rogaban con mucha humildad á Dios les diesse fruto de bendición; en especial, el duque hacía decir missas y hacer processiones y casar huérfanas; y estando un día el duque y la duquessa holgando en una huerta, como el duque jamás estuviesse sin este cuidado, hubo de decir las siguientes razones á la duquessa: «Señora, gran pecado hizo quien a vos y á mí juntó en uno, ca tengo creído que si otra dueña tuviera, que engendrara hijos y assimesmo concibiérades si á otro varón os llegárades; mas ni por esso con otra hembra jamás habré cópula, aunque mi Estado haya de ser de estraño príncipe señoreado, y sean por ello mis vassallos alborotados, y más pesar que dello tengo no es pequeño, bastará para acabar mis días». Fueron de tanta lástima las palabras del duque, y tan sentidas en el corazón de la duquessa, que por poco perdiera el seso, y regando su cara con muchas lágrimas, le respondió: «Señor, en nada de esto me parece que tengo culpa, que ni yo causé el ayuntamiento aunque consentí en él, ni tampoco está en mi mano el concebir, sino en la voluntad de Dios; y pues á él no place darnos heredero, no me parece cordura mostrar tristeza, sino darle continuas gracias y ser muy contentos de todo lo que él fuere servido». Viéndola el duque tan enojada, no habló más en aquel caso, antes la consoló cuanto pudo, mas no entró alegría en su corazón.

Capítulo I.— *Cómo Roberto el Diablo fue engendrado, y cómo concibiendo su madre le ofreció al Enemigo.*

Como el duque estuviesse en continua tristeza, estaban assimesmo los caballeros muy descontentos, los cuales, como siempre pensassen en darle placer, por apartarle de tan crecido pensamiento, le rogaron un día que fuesse á caza; y él, conociendo los buenos deseos, salió con ellos al monte. Y entrados en el monte con multitud de perros, hallaron un ciervo grande y muy ligero; y como sintiesse los cazadores tomó el camino de las sierras, y siguiéndole los caballeros y toda la otra gente, quedó el duque solo, que muy poco se daba por el ciervo, porque el corazón tenía muy turbado y envuelto en diversos pensamientos. Pensaba cómo por la falta de heredero sería su Estado de extraño señor señoreado. Pensaba la discordia que entre los caballeros habría, y cómo serían por esso los vassallos maltratados, y en tanto grado se sentía dello, que casi cayó en ramo de desesperación, y comenzó á maldecir la hora en que nació, y se quejaba mucho de su desventura, y que los inocentes vassallos por esso padecerían; y estuvo assí quejando y maldiciendo hasta que vino la gente que traía el ciervo muerto. Y cabalgó el duque en una hacanea blanca y fueron para la ciudad; y como el enemigo de la humana generación siempre trabaja por privarnos de la gloria celestial y armarnos lazo por que caigamos en pecado mortal, dejando el duque en el mal propósito y voluntad que oistes, fue á la duquesa y

turbóla assimesmo en tanto grado, que no sabía si estaba en el mundo ó fuera dél, ó si estaba muerta ó viva, y con esta turbación se lanzó en el lecho, y aunque le decían que el duque venía y traía el ciervo muerto, no se movía ni hizo cuenta dello. Y entrando el duque en su palacio, como no viesse á la duquesa preguntó por ella, y desque oyó que estaba enojada fuesse á la cama y acostóse en ella; y estando en aquel acto dijo el duque: «¡Si pluguiesse á Dios que engendrásemos un hijo, porque nuestra tierra tuviesse después de nosotros algún reparo!» A cuyas razones respondió la duquessa: «¡Agora *concibiesse yo y fuesse el diablo!*», y assí se lo ofreció. Y assí fue que por la voluntad de Dios concibió un hijo que fue muy perverso y en todas maldades diestro, mas por la gracia de Dios hizo después digna penitencia de sus pecados, como adelante diremos. Y trujo la duquessa nueve meses al hijo en sus entrañas, y estuvo un mes entero de parto, y bien pensaba el duque y todos los de la corte que fenecerían allí sus días; mas plugo á Dios que viviesse y pariesse, mas no sin gran afrenta y trabajo, por que se manifestasse este tan maravilloso hecho.

Cap. II.—*Cómo fue bautizado y le llamaron Roberto, y los grandes signos que parecieron en su nacimiento.*

En la hora que hubo de nacer este niño, como se halla en las corónicas francesas, vino una niebla muy oscura que cubría toda la ciudad, que parecía media noche, y tronaba, y caían rayos de tal suerte que todos pedían á altas voces misericordia á Dios, pensando que su ciudad se hundía, y duró esto cuatro horas, y después se abrió el tiempo, y parecía que el cielo estaba encendido en llamas de fuego, y los relámpagos eran tan espessos que cegaban la gente; los vientos hacían guerra unos con otros, que temblaban las casas hasta los cimientos, y fue el palacio donde parió la duquessa tan mal tratado de la tempestad, que gran parte dél cayó en el suelo; y bien pensaron los que allí estaban de perder las vidas, mas por la gracia de Dios y por la intercessión de nuestra señora cessó la tempestad, y fue llevado el niño á bautizar, al cual iban las gentes á ver por maravilla, ca de un día nacido parecía de un año. Y llevándolo y trayéndolo de la iglesia, jamás su boca se cerró, dando tales gritos que toda la gente se maravillaba dello. Y fue dado á dos amas que lo criassen, mas de ahí á tres meses tuvo todos sus dientes y muchos, con los cuales mordía las amas y les quitaba los pezones de las tetas. Por ende fue necessario darle de comer y beber por un cuerno que tenían hechizo para esso, y se le ponían en la boca y por él le echaban lo que había de comer. Y cuando hubo un año andaba, y hablaba tan bien como los otros niños de cinco años. Y cuanto más crecía más se deleitaba en mal hacer, y cuando topaba con otros niños los hería y los maltrataba, á unos con palos, á otros con piedras, y á otros messaba y rasguñaba con las uñas. Y en cualquiera parte que estuviesse jamás cessaba de hacer mal, quebrando cabezas, brazos y piernas.

Cap. III.—*Cómo los niños le llamaron Roberto el Diablo.*

Creció este niño mucho en poco tiempo, y si crecía en cuerpo, más crecía en maldades, en tanto grado, que los que hijos tenían no los dejaban salir de casa, con temor que con ellos topasse Roberto, y algunas veces se juntaban muchos niños para pelear con él; mas ni porque fuessen muchos ni pocos no dejaba de los acometer, ó con piedras, ó con palos, y algunas veces le descalabraban, mas siempre había muchos dellos heridos y maltratados. Y cuando lo veían venir decían todos: «Aquí viene Roberto el Diablo», el cual nombre le quedó gran tiempo. Si veían que eran pocos para resistirle, echaban todos á huir, y decían unos á otros: «Guardaos de Roberto el Diablo, que viene». Y algunas veces los seguía hasta entrar en las casas, y por ser cuyo era no osaban sus padres ni parientes de los niños herirle, ni enojarle, antes le halagaban dándole frutas y otras cosas que los niños dessean; mas ni por esso ninguna virtud ni conocimiento jamás en él pudieron hallar, ca de su naturaleza era maligno y de condición perverso, y sus desseos se fundaban en maldad y las obras conforme á ellos.

Cap. IV.—*Cómo Roberto mató á su maestro que tenía cargo de le enseñar.*

Cuando Roberto tuvo siete años, el buen duque su padre, siendo informado de su vida, pensó enmendar en él por doctrina lo que de naturaleza heredar; mas no pudo doctrina ni consejo, ni menos castigo, hacer operación en él, hasta que de la gracia de Dios fue inspirado, y mandóle llamar y díjole: «Hijo, ya es tiempo que deprendas crianza y ciencia, pues que Dios te dio habilidad para ello, porque en todo tengas ventaja á tus vassallos». Y mandó venir un honrado varón que en las artes liberales era muy docto y en toda la crianza muy sabio, y díjole que de ahí ade-

lante tuviesse cargo de Roberto su hijo, que le enseñasse á leer y escribir, y le adoctrinasse en crianza y buenas costumbres. Y en todo esto no habló palabra Roberto, mas abajada la cabeza volvió de rato en rato los ojos, agora al duque, agora al maestro, que bien parecía Roberto el Diablo; y el maestro pidió licencia al duque, y llevó á Roberto consigo, y en este día puso Roberto un agudo cuchillo en su manga para dar con él á su maestro si herirle quisiesse, y habiendo Roberto un día herido y apedreado otros muchachos, quejáronse sus padres al maestro, y queriéndole castigar, dio á Roberto el Diablo un bofetón, y el sacó un cuchillo y diole con él en los pechos, y cayó en el suelo muerto, y después le echó su libro en la cara, maldiciendo la ciencia y quien la enseñaba y que de ahí adelante ningún superior ternía. Y no osó después ninguno tomar cargo de le enseñar, ni lo osaba nadie reprehender de mal que hiciesse; así seguía su voluntad, apartándose de toda razón, y sus obras eran de diablo más que de hombre; nunca iba á la iglesia si no fuesse por revolver algún ruido ó injuriar alguno, ó por burlar de los clérigos y frailes, ó de los que rezaban; su deporte era maldecir y jurar y perjurar, y renegar de los santos y santas. Cuando el duque y la duquessa vieron que su hijo era tan perverso, no fueron menos tristes por esso que estaban antes de su nacimiento. Y siendo ya Roberto de diez y siete años, dijo la duquessa al duque que sería bien que Roberto fuesse caballero y que tuviesse modo de le hacer conversar con los caballeros, que dellos aprendería algunas buenas costumbres, y el duque dijo que le placía.

Cap. V.—*Cómo Roberto el Diablo fue armado caballero.*

Un día de Pascua de Espíritu Santo mandó el duque venir á su corte todos los principales señores de su tierra, y delante dellos hizo venir á Roberto su hijo, y díjole: «Hijo, por el consejo de nuestros amigos he ordenado de os armar caballero, porque de aquí adelante converséis con los caballeros y deprendáis dellos, y troquéis vuestras condiciones, que son malas y enojosas á todos, y seáis cortés y benigno, como la orden de caballería manda». Y dijo Roberto: «Señor, en esto haré lo que me mandéis, aunque no tengo en más ser caballero que no lo ser, y de mis condiciones no me hable nadie, porque tengo propuesto de no las trocar, antes seguiré mi voluntad y apetito toda mi vida». Y la mesma noche veló Roberto en la iglesia, como es costumbre á los que han de ser armados caballeros. Y en toda la noche no cessó de hacer mal á los que en la iglesia estaban para le tener compañía, como el que muy poca cuenta hacía de la honra que había de recebir. Y venido el día fue armado caballero, con la solemnidad y fiesta que en tal acto se requería. Y de ahí á algunos días el duque hizo pregonar unas justas, á las cuales vinieron de diversas partes, y llegado el plazo, Roberto fue armado de muy lucidas armas, y cabalgó en un poderoso caballo, y entró en las justas, y del primer encuentro mató un principal caballero, y en poco espacio no quedó caballero en todo el campo que se osasse encontrar con él, que al uno quebraba los brazos, y al otro las piernas, y ninguno á él venía que con mal no se despidiesse; y en poco tiempo mató diez caballeros y sus caballos, y cessaron las justas; mas ni por esso dejaba Roberto de herir á una parte y á otra, sin mirar á quién ni á dónde, hasta que el pueblo se movió contra él y él contra el pueblo, hiriendo y matando como león bravo; y fueron las nuevas al duque su padre, y vino luego á gran priessa al lugar de las justas y mandó á Roberto su hijo que dejasse las armas y saliesse de la plaza; mas ninguna cosa aprovechaba mandárselo el padre ni rogárselo el pueblo, que hasta que no halló caballero en la plaza no dejó de herir en ellos; y fueron constreñidos á salir de la plaza, y huir como vencidos y desbaratados de un solo caballero.

Cap. VI. - *Cómo Roberto el Diablo se partió de la ciudad de Roan y se fue por el ducado de Normandía, robando y matando, y forzando dueñas y doncellas.*

Cuando Roberto el Diablo vio que todos huían y no hallaba ya con quién pelear, salió de la plaza, y no curó de ir á palacio por el enojo que su padre tenía; y de allí á pocos días allegó á todos los que halló de su condición, y salió de la ciudad con ellos, y cuantos encontraba mataba y robaba, y entraba en las aldeas y forzaba las mujeres y mataba los maridos y corrompía las doncellas, no mirando si eran madre ó hija, ó si eran hermanas; tantos males hacía, que venían de muchas partes á quejarse al padre: el uno decía que le había tomado la mujer; otro decía que le había forzado la hija; otro que le había robado; otro que le había muerto su padre, y otro el hermano. En tanto grado sentían el duque y la duquessa las nuevas de su hijo, que por poco perdieran las vidas, y el remedio que para ello tenían era dar gra-

cias á Dios nuestro Señor, rogando humildemente los quisiesse consolar y traer á su hijo á la verdadera carrera de salvación; y hacían muchas limosnas y otras obras de misericordias, y amansaban con sus haciendas á los quejosos lo mejor que podían.

Cap. VII.—*Cómo el duque envió gente para prender á Roberto su hijo, á los cuales Roberto sacó los ojos.*

Un caballero que del consejo del duque muy penoso estaba, después de bien mirado en el remedio de tanto mal, dijo: «Señor, á mí me parece que sería bien que vuestra señoría mandasse llamar á Roberto su hijo, y á los grandes señores y buenos caballeros con su corte, y mandarle que de aquí adelante deje el mal camino que hasta agora ha llevado, amenazándole que le punirá y castigará por justicia, posponiendo el amor paternal, por el primer yerro en que fuere hallado; y por ventura temor desviará lo que mandado de padre ni ruego de vassallos apartar no pudieron». Pluguieron al duque y á la duquessa las razones del caballero, y acordaron de lo hacer assí, y luego mandó venir ciento y setenta de caballo, los cuales repartió en diez y seis partes, y mandóles que cada parte por su cabe buscassen por toda la provincia hasta hallar á Roberto su hijo, y hallado le dijessen cómo el duque su padre le rogaba que por su bien se llegasse á la corte; «y si le hallades rebelde y no quisiese venir, decilde que hago juramento á la orden de caballería de le hacer prender, y crudamente castigar á todos los que le siguen y favorecen»; y partiéronse prestamente de diez en diez; de ahí á pocos días supieron cómo estaba en un monte con gran compañía de ladrones, robando y matando cuantos por los caminos hallaban; y fueron para el monte los diez de caballo, y entrados en el monte se hallaron muy presto cercados de treinta peones armados, los cuales abajadas las lanzas, comenzaron de herir en ellos, y ellos, sin ponerse en defensa alguna, les dijeron que eran mensajeros del duque de Normandía y buscaban á Roberto su hijo, y los peones los llevaron adonde estaba Roberto, y ellos se apearon y le dijeron lo que el duque les mandaba decir; y desque Roberto oyó que su padre decía que le mandaría prender, comenzó á maldecir la hora de su nacimiento, y el padre que le engendrara y la madre que le pariera; y renegaba de los santos y santas, y como hombre desesperado fuera de todo sentido, mandó atar á los mensajeros de pies y manos, y con un cuchillo les sacó los ojos á todos, y después les dijo que se volviessen para el duque su padre y le dijessen que por amor suyo y por la embajada que trajeron, que aquel galardón habían recebido de Roberto su hijo. Llegados los mensajeros á la corte assí maltrechos, fueron el duque y la duquessa por ello muy tristes; y después, habido consejo en lo que en tal caso se había de hacer, anteponiendo la justicia al amor del hijo, y por enojo que había de los continuos agravios que sus vassallos recebían, y por atajar que dende adelante no fuessen fatigados, mandó pregonar en toda su tierra que todo hombre que para llevar armas fuesse y estuviesse aparejado para ir, de ahí á doce días, á prender á Roberto su hijo y sus compañeros, los cuales mandaba, vivos ó muertos, llevar delante de sí.

Cap. VIII.—*Cómo Roberto el Diablo hizo hacer una casa muy fuerte en un monte, en el cual hizo muchos males.*

Cuando Roberto supo del pregón que el duque su padre mandara dar por toda su tierra, tuvo gran temor de ser preso, y ansí mesmo sus compañeros, y iba Roberto por el monte como perro rabioso, dando gritos y bramidos muy grandes, renegando y escupiendo de toda la corte celestial, y maldiciendo padre y madre y parientes, y assimesmo llamando á grandes voces los diablos del infierno, y ofrecíales su cuerpo y ánima con cuanto tenía, y á ellos solamente pedía consejo y favor; y haciendo y diciendo tales cosas, salía muchas veces á un camino junto al monte, y si hallaba alguno, luego le mataba por valiente que fuesse, siendo hombre de grandes fuerzas y muy ligero y diestro en todo; y después de muerto, no contento con aquello, le abría con sus manos y le sacaba el corazón; á otros desmembraba miembro á miembro y los derramaba por el monte; y á otros desnudaba en carnes, y los colgaba por los pies de un árbol, y otras muchas crueldades hizo que sería largo de contar. Y como supo que la gente de su padre le iban buscando para le prender, huyó con sus compañeros por el monte adelante, y en un lugar muy apartado ordenaron de hacer una casa donde se acogiessen y defendiessen; y hecha la casa llegaron más gente, y acogían ladrones, robadores, salteadores y matadores, y á todos los que de mal vivir y seguir sus pissadas deseo tenían. Y perseverando Roberto en sus maldades, salía con la compañía de ladrones por todos los caminos, mataba y robaba á cuantos encontraban, y hacían cuantos males podían; entraban en

los lugares y aldeas de noche y de día, assolaban y quemaban casas, y mataban hombres, mujeres y niños, y forzaban doncellas; y tanto creció su crueldad, que toda la provincia estaba atemorizada, no osaba la gente andar por los caminos á veinte leguas al derredor del monte. Y perseveró Roberto en esta mala vida gran tiempo, mas después se convirtió y tornó á Dios, y con grandes lágrimas y arrepentimiento de sus pecados hizo penitencia dellos, como por estenso diremos.

Cap. IX. – *Cómo Roberto el Diablo mató siete ermitaños que halló en el monte, y fue al castillo Darca, do estaba á la sazón la duquessa su madre, y de las razones que entre sí hubieron.*

Roberto estaba en el monte como animal bruto irracional, sin ningún temor ni amor de Dios, siguiendo sólo los apetitos de la carne, y comía viernes y sábado carne y en todas las vigilias, haciendo todos los días iguales. Y como fuessen sus deseos inclinados á todo mal, apartóse un día de sus compañeros, y andando por el monte miraba á todas partes, y escuchaba si sentiría alguno que passasse por el camino por ejecutar en él su malicia, y tanto anduvo por el monte, que topó con siete ermitaños (1) muy viejos, casi en la postrimera edad, y ansí se alegró en verlos como el cazador con el venado, como el galgo con la liebre y como el lobo con el ganado. Y de tan lejos como los vio echó mano á la espada y fue corriendo para ellos, y sin recibir dellos alguna resistencia de palabra ni de hecho, les cortó las cabezas, y cabalgara en su caballo, y salió del monte, y andando por el camino topó con un pastor, el cual, temiendo morir, se fue á echar á sus pies, pidiéndole por merced que no le matasse. Y Roberto preguntó por el duque su padre, y el pastor le dijo que era ido á la corte del rey de Francia, y que la duquessa estaba en un castillo á una legua de ahí. Y Roberto le dio la vida por las nuevas que dél supo, y fuesse corriendo para el castillo. Y como la gente del lugar y del castillo le viessen, todos huían y se escondían, y se encerraban en sus casas, ca llevaba Roberto la espada en la mano toda sangrienta, y tenía assimesmo las manos y pechos y los vestidos tintos en la sangre de los santos ermitaños que había degollado; y como Roberto vio que todos huían dél, fue muy triste por ello y se puso á pensar qué lo podría causar, y con aqueste pensamiento llegó á la puerta del castillo, y no halló portero alguno, ni menos otra persona que nada le dijesse, de lo cual fue mucho más maravillado, y apeóse del caballo, entró en el castillo, y los que estaban en los andamios comenzaron á decir á grandes voces: «¡Guardaos, que viene Roberto el Diablo!»; y huyendo por el castillo, algunos se encerraban en las cámaras, otros subían los tejados, sin que Roberto los siguiesse ni hiciesse semblante de les hacer ningún mal; y anduvo Roberto por el castillo hasta que llegó al retraimiento de la duquessa su madre; y como hallasse la puerta cerrada por de dentro, comenzó á dar muy grandes golpes y llamar á muy grandes voces; y habiendo la duquessa gran temor que derribasse la puerta, le respondió rogándole que se fuesse, y Roberto con mucha humildad le rogó que le quisiesse oir, y prometiendo y dando la fe de no enojarla ni á ninguno del castillo, y la duquessa le abrió la puerta; llorando muy amargamente se echó á los pies del hijo, y Roberto, movido á compassión por el recio llorar y sollozar de la madre, sospirando de corazón y sus ojos hechos fuentes, la levantó del suelo; y assentados á un estrado, sin tener otra compañía, empezó la duquessa de reprehender á su hijo de tantos males como había hecho, y Roberto le dijo: «Señora, esta fue la principal causa de mi venida, porque no puede ser que vos ó el duque mi padre entrambos no tengáis alguna culpa en este mi mal vivir; ca jamas me parece que me vino un solo pensamiento de bien hacer, y querría saber si vosotros fuistes causantes en esto, por que más fácilmente pudiesse yo enmendar mi vida». Cuando la duquessa oyó la voluntad de su hijo, y vio que quería tornarse á bien vivir, le saltaron nuevas lágrimas de sus ojos del gran placer que hubo, abrazándole y besándole á menudo, y rogándole la quisiesse perdonar; y le contó por estenso cómo le diera al diablo de la manera que arriba dijimos. Cuando Roberto oyó tales razones, del gran dolor y pesar que hubo cayó amortecido en el suelo, y desque fue tornado en sí, con multitud de lágrimas comenzó á decir: «¡Oh, misericordioso y eterno Dios! ¿cómo permites que pague la inocencia del hijo por la malicia de la madre? ¡Oh, pecador de mí, cuánto tiempo he servido al diablo sin tener conocimiento de mi perdición! ¡Oh, maldito diablo, cuántas cautelas y modos buscas para privarnos de la gloria y cautivarnos en las tus tristes cárceles, por cuyo camino desde mi puericia hasta este día me has llevado, cegándome los ojos

(1) «Tres ermitaños», dice la edición de cordel.

de la razón por el poder que mi madre te dio! ¡Oh, astuto, sagaz, engañador, cómo conociste al femenino género, su fragilidad y inconstancia! ¡Cómo obraste en él lo que en ningún varón pudieras acabar! ¡Oh, pues, muy piadoso y misericordioso Cristo, tú que rogaste por los que te crucificaron, y dijiste: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*, perdona á esta mi triste madre su gran yerro cometido, aun á mí, mezquino pecador, y pon en mi corazón entera contrición de mis pecados, y ábreme la carrera de tus mandamientos como abriste el mar Bermejo por que passassen los hijos de Israel!» Y después hincó los hinojos delante de la madre, y demandóle perdón y besóle la mano, y rogóle que le encomendasse al duque su padre, y le díjesse que le demandaba perdón de los yerros contra él cometidos: «Decilde que me parto para la ciudad de Roma y que no cessaré hasta ponerme á los pies del Padre Santo, y confessarle he todos mis pecados, y haré penitencia de ellos». Y assí llorando y sollozando salió del castillo y cabalgó en su caballo (1); y quedó la duquessa muy triste, y dende á poco llegó el duque al castillo, y como hallasse la gente alborotada, y la duquessa llorando, preguntó luego si Roberto su hijo había venido allí, y si les había hecho algún daño. La duquessa le contó todo lo que con él había passado, y el duque dijo suspirando: «Dios, por su piedad, quiera haber misericordia dél, que, según sus passos, no espero de jamas verlo vivo»; y después se volvió á consolar la Duquessa, que estaba desmayada del gran dolor que de su hijo tenía.

Cap. X.—*Cómo Roberto el Diablo llegó á la casa que tenía en el monte, y cómo mató á sus compañeros.*

Como Roberto se partió del castillo, y fue á gran priessa para el monte, temiendo que sería hallado de la gente de su padre. llegando á la casa que tenía en el monte, halló á sus compañeros á la mesa comiendo; y como lo vieron, todos se levantaron á le recibir, y fueron muy alegres de su venida, y él les habló muy cortésmente y los hizo assentar á todos, y assentóse con ellos; y desque hubieron comido, los mandó estar

(1) Los procedimientos empleados por Roberto para averiguar de su madre la causa de sus malas inclinaciones son algo más duros en el texto francés del siglo XII publicado por E. Löseth (*Robert le Diable. Roman d'aventur s.* París, F. Didot et Compagnie, 1903. De la *Société des anciens textes français*):

«Robers pense parfondement,
Mervelle soi mout durement
Que chou est et de coi li vient
Que on le doute tant et crient;
Car quant le bien a faire pense
Sans contredit et sans desfense,
Une autre pensée li saut,
Qui par estrif et par asaut
De bien faire si le desvoie,
Que leus est mis en autre voie;
Cele pensée felenesse
Li fait haïr Dieu et sa messe
Et escarnir par le diable,
Dont il heit Dieu l'esperitable;
Pense que cele mesestanche
Li soit venue de naissanche,
Et que coupes i ait sa mere,
Qui onques ne fu vers lui clere;
Bien set l'aventure et la teche
Et l'ochoisson por coi tant peche.
Lors dreche le cief contremont,
Car Sains Esperis l'en semont,
Qui en tel pensée l'a mis
Qu'encor peut estre Dieu amis.
Or en jure Robers mout fort
Les claus et la crois et la mort
Et la naissanche Jhesu Crist,
Qui le mont estora et fist,
Que ja mais jor joie n'avra
Jusc'a cele eure qu'il savra
Por coi a si maus hom esté.
N'i a puis gaires aresté:
Tout droit en la chanbre s'en vait;
Sor sa mere s'espée trait
Clere et tranchant, trestoute nue.
Ele est encontre lui venue:
As piés son fil se lait cheïr,
Car mout redoute son morir:
«Fieus», fait ele, «¿que veus tu faire?
Por quel mesfait, por quel afaire
Me veus tu livrer a martire?»
Dist Robers: «Tost vous esteut dire,
U tot hastivement morés,
Que vous plus vivre ne porés,
Se vous esraument ne me dites
Por coi je sui si ypocrites
Et si plains de male aventure,
Que veïr ne puis creature
Qui a Dieu monte mal ne fache.»
«Fieus», dist la mere, «Dieu ne plache
Que je la verité te conte,
Car a grant duel et a grant honte
M'ochiroies quant le savroies,
Que ja merchi de moi n'avroies.»
Robers respont: «Garde n'avés,
Puis que vous le voir en savés:
Si le me contés esraument,
Car se vous i mentés granment,
Ceste espée tranchant et bele
Feraï je boivre en vo cervele.»
Sa mere, qui fu en freour,
Li reconte par grant paour
De sa naissanche toute l'evre;
En la fin li dist et descevre
C'aínc ne sot tant a Dieu proier
Que d'enfant li vausist aidier,
Et puis en requist le diable;
Verités est, ne mie fable,
Que lui meïsmes li dona,
Si tost com l'en araisona.
Por chou ne peut il faire bien,
Que Dieus n'a en lui nule rien,
Car d'enfer vient, u li mal sont;
Li mal qu'en vienent la riront.
«Biaus fieus, ne te sai plus que dire.»
Quant Robers l'ot, si ot grant ire;
De chou que sa mere li conte
A grant deul mout et a grant honte.
Il en pleure mout tenrement;
L'ewe li file espessement
Des ieus tout contreval la fache,
Qu'il avoit plus clere que glache;
A grans flos en issent les lermes.»

(V. 369-451).

quedos y atentos á lo que les quería decir. Y les comenzó á traer á la memoria los enormes pecados por ellos cometidos, por el menor de los cuales eran dignos de eterna damnación; y los rogó que se confessassen y hiciessen penitencia dellos, y dende adelante viviessen como cristianos y sirviessen á Dios y no estuviessen en el monte sirviendo al demonio. Y otras muchas cosas les dijo para los mover á bien hacer. Y el uno dellos le respondió con muy gran saña: «En esto, señor, me parece que burlas de nosotros, porque nos trujiste á esto y metiste á donde estamos; tú nos enseñaste á ser crueles; tú nos causaste hacer más males de los que de nuestra natural condición hiciéramos; tú nos hiciste forzar mujeres, desflorar vírgenes; en todo esto has sido siempre capitán y principal guía; y agora que somos de todo el mundo aborrecidos y suenan de Levante á Poniente nuestras grandes crueldades, ¿nos predica como el raposo á los pollos? En balde trabajas, porque nuestra voluntad es de tener la regla que nos diste y seguir el camino que nos enseñaste. Y, pues, en este ejercicio habemos empleado parte de nuestros días, en él proponemos de fenecer los que nos quedan, y haz lo que quisiere». Y los otros respondieron todos á una voz que decía bien, y que esta era su deliberación. Cuando Roberto los hubo dicho dos ó tres veces, y rogado por servicio de Dios no quisiessen perseverar en el mal vivir, diciendo: «Que, pues, él había sido el primero y principal en el mal, que también quería ser el primero y principal en la penitencia, y pues lo siguieron en lo uno le siguiessen en lo otro». Y desque vio que de ninguna cosa aprovechaba, considerando que harían muy grandes males, según el mal propósito que tenían, pensando que sería participante dellos por haber sido él principal causa de los haber puesto en aquel estado de vivir, pesándole mucho dello, deliberó de los matar á todos, porque de ahí adelante á su causa no hiciessen más mal. Y viendo lugar oportuno para ello, fue á la puerta y cerróla muy bien, y tomó presto una hacha de armas, y empezó á dar en ellos y herir á todas partes, hasta que los derribó á todos en el suelo. Y cuando los hubo muerto á todos, dijo: «Quien á buen señor sirve, buen galardón espera. Si bien me serviste, bien os lo galardoné».

Y después quiso quemar la casa, mas hízole conciencia de quemar las infinitas riquezas que en ella estaban, y cerró la puerta con llave, y puso la llave en el seno, y cabalgó en su caballo, y encomendóse á Dios, y tomó su camino para Roma.

Cap. XI.—*Cómo Roberto envió la llave de la casa del monte á su padre el duque de Normandía.*

Roberto tomó el camino para Roma, y anduvo todo aquel día y la noche sin comer ninguna cosa; y á la mañana llegó á una abadía, en la cual había hecho grandes daños, y era abad un pariente suyo y tenía grandíssimo temor dél, y assimesmo todos los monjes. Y Roberto se apeó á la puerta de la iglesia, y entró en ella y hizo oración. Y cuando los monjes le vieron, echaron todos á huir, de lo cual pesó mucho á Roberto; y cuando hubo hecho oración, llamó á un monje y rogóle que dijesse al abad que le pluguiesse de oirle, y que ningún temor tuviesse, que ningún mal le haría á él ni á otro. Entonces vino el abad á la iglesia y algunos monjes con él, y llegado, Roberto hincó los hinojos, y dijo: «Señores, yo he hecho grandes daños y estragos en el tiempo passado en vuestra abadía y iglesia, de lo cual vengo á pediros por merced me queráis perdonar, por que Dios perdone á vosotros»; y después que hubo hablado á todos en general, dijo al abad: «Yo vos ruego que me encomendéis á mi padre, y le deis esta llave, que es de la casa en que me retraía con mis compañeros, y en ella hallará grandes tesoros y riquezas que hubimos robado en diversas partes, y le diréis que restituya toda aquella hacienda á sus dueños, y que yo me voy á Roma á confesar y hacer penitencia de mis pecados». Y cuando los monjes vieron el grande arrepentimiento de Roberto dieron gracias á Dios, y fue Roberto muy bien recibido; y estuvo en el abadía aquel día y la noche, que el abad no le dejó partir. A la mañana dejó el caballo y las armas, y fuese á pie á Roma, y el abad envió la llave al duque su padre, y las encomiendas y nuevas de Roberto su hijo, el cual hubo gran placer de su contrición, é hizo dar todos los bienes que en la casa halló á cuyos eran; y dejaré de hablar del duque y diré de Roberto, que en poco tiempo llegó á Roma.

Cap. XII.—*Cómo Roberto llegó á Roma.*

Llegó á Roma Roberto Jueves de la Cena, estando el Padre Santo en la iglesia de San Pedro en los Divinos Oficios, y como su ardiente deseo no le dejasse esperar mayor oportunidad, metióse entre la gente poco á poco, hasta que llegó á los pies del Papa, mas no sin gran trabajo, ca los ministros del Papa le daban grandes empujones, y otros con varas le daban reciamente en la cabeza,

otros le denostaban y decían palabras injuriosas, mas ni por esso le pudieron estorbar ni revocar su propósito, ca él, que solía ser león muy fiero, era cordero muy manso; él, que á todo el mundo quería sojuzgar, ya de los menores deseaba ser sopeado; él, que solía ser siervo y ministro del demonio, ya era fiel siervo de Cristo, y cuando se vio delante del Papa, llorando amargamente y á grandes voces dijo: «Señor Padre Santo, por servicio de Dios, cuyo Vicario eres, te ruego que me oigas de confessión y me des penitencia de mis pecados». Y el Padre Santo le dijo: «¿Quién eres tú, que tan grandes voces das?» Y Roberto respondió: «Yo soy el mayor pecador del mundo, y vengo á ti porque me des saludable penitencia de mis delitos, que son tan grandes y tan enormes, que á otro no conviene decirlos»; y el Papa le dijo: «¿Eres tú, por ventura, Roberto el Diablo, de quien tantos males se dicen?» Y Roberto dio un suspiro, que pareció que las entrañas le sacaban y dijo que sí. El Papa le dijo: «Yo te mando delante de Dios, que á ninguno enojes, y de oirte nos place después de celebrar los Divinos Oficios». Entonces se partió Roberto, y oyó con mucha devoción el Oficio Divino, y después de dichos los Oficios, el Padre Santo le mandó llamar, y Roberto se puso de rodillas con muy gran contrición, y empezó á declarar toda su vida, y díjole luego que al tiempo del concebir su madre le había ofrecido al diablo, y de lo cual tenía muy gran temor. Entonces el Papa estuvo un poco pensando, y después le dijo: «Amigo, á ti te conviene ir á un monte á tres leguas desta ciudad, donde hallarás un santo ermitaño confessor mío y muy amigo de Dios, y le dirás que yo te envío á él, y te dará el remedio que conviene para salvación de tu ánima». Y dándole su bendición le despidió; y Roberto estuvo en la ciudad aquella noche, y otro día en saliendo el alba se salió de la ciudad de Roma, y fuesse para el monte y anduvo buscando y catando á todas partes, hasta que halló al santo ermitaño, y viéndole luego hincó las rodillas, y le dijo que el Papa le enviaba á él que le oyesse de confessión, y el buen ermitaño le tomó por la mano y le hizo levantar, y holgó mucho de le ver tan contrito llorar tan reciamente sus pecados, y después de haber razonado un rato con él, le tomó por la mano y llevóle á una capilla muy devota, donde con muchas lágrimas confessó todos sus pecados; y assimesmo le dijo cómo su madre le diera al diablo al tiempo del concebir; y el ermitaño le mandó estar allí aquel día y aquella noche sin le absolver, diciendo que él quería más largamente hablar con él, y venida la noche el ermitaño hizo en la capilla con un poco de heno una cama donde durmió Roberto, y estuvo toda la noche en oración rogando á Dios por Roberto.

CAP. XIII. – *Cómo un ángel apareció en sueños al ermitaño, y le dijo la penitencia que había de dar á Roberto.*

Quería ya amanecer cuando el santo ermitaño, vencido del sueño y del trabajo, puesto un canto por cabecera, cerró los ojos para descansar, y estando durmiendo, oyó una voz del cielo que le dijo: «Hombre de Dios, escucha lo que Dios me mandó que te dijesse: Tú mandarás á Roberto, en penitencia de sus pecados, que contrahaga y dissimule el loco y el mudo en la ciudad de Roma, y no coma cosa alguna sino lo que fuere dado á los perros y él les pudiere quitar; y esto haga de contino hasta que de parte de Dios le sea mandado hacer otra cosa, y assí alcanzará eterna remissión de sus pecados» (1). Cuando el ermitaño fue despierto, fue muy alegre de la tal revelación y entró en la capilla donde estaba Roberto rezando y llorando, y le mandó poner de rodillas delante de sí y le dijo: «Amigo, de Dios me ha sido revelado esta noche la penitencia que te conviene hacer por tus pecados, y es ésta: Cumple que andes por la ciudad de Roma sin hacer mal ni daño alguno, y que dissimules ser loco y mudo, y assimesmo no comerás cosa ninguna salvo lo que á los perros pudieres quitar; y assí andarás por la ciudad hasta que Dios te mande hacer otra cosa». Y assí le absolvió y diole su bendición. Cuando fue absuelto dio infinitas gracias á Dios de tantas mercedes y beneficios por tan pequeña peniten-

(1) La revelación se hace de otro modo en el texto francés publicado por E. Löseth:

«Li sains hon la messe chanta,
Et, quant che vint au sacrement,
Que le cors Dieu tient proprement,
De simple ceur en aourant
Et des lermes des ieus plorant
Li deprie que il l'avoit
Et qu'il tel consel li envoit
Que doner puisse penitanche
A Robert lonc sa repentanche.
A tant vit une main estendre
Devant lui, qui li prent a tendre
Un petit brief, et il l'a pris,
Comme saiges et bien apris
Lit les letres qu'il ot el brief.
Tout en outre de chief en cief.
Quant les ot lites, si fu liés,
Com s'il tenist Dieu par les piés.
Ja messe fine sans targier,
Puis va a Robert enchargier
La penitanche qu'il doit faire.»

(V. 800-819).

cia; y despidióse del ermitaño y fuesse para la ciudad con gran desseo de comenzar y cumplir su penitencia.

Cap. XIV.—*Cómo Roberto el Diablo entró en Roma y comenzó su penitencia.*

Entró Roberto por la ciudad de Roma haciendo gestos con la boca y con los ojos, y bailando y saltando por las calles, como hombre ajeno de todo sentido, y en poco espacio llegó gran número de muchachos que le seguían y maltrataban continuamente; el uno le tiraba con lodo á la cara, otros le tiraban zapatos viejos y otras suciedades que hallaban por las calles, y otros le apedreaban y messaban, sin le dejar jamás descansar; y Roberto nunca nada les decía, ni mal semblante jamás les mostraba. Y estando Roberto un día delante los palacios del emperador, muy fatigado de hambre, tuvo acaso oportuno lugar de entrar en la sala donde estaba el emperador comiendo; y entrando hizo sus debidas reverencias como hombre cuerdo y de buena crianza; y estuvo un poco mirando al suelo, y tan presto dio un salto encima un parador, de lo cual fueron todos maravillados; y del aparador saltó en el suelo con tanta ligereza, que ningún estrépito se sintió en la sala, y comenzó á danzar y bailar, y hacer otros gestos de loco, de lo cual holgaba el emperador y todos los que en la sala andaban. Tenía el emperador un lebrel que jamás se partía de su lado, el más feroz que en el mundo se pudiera hallar, que ninguna persona osaba llegar á él, salvo el mismo emperador, y dándole el emperador un huesso, saltó Roberto tan presto, y se lo sacó de la boca sin ninguna resistencia; y como esto hizo Roberto, fue dello mucho maravillado el emperador, y todos los grandes señores que estaban presentes. Y mirando el emperador la gran diligencia que Roberto ponía en roer el huesso, conoció que estaba hambriento, y mandó que le diessen de comer, y fue puesta luego una mesa en medio de la sala y muchas buenas viandas en ella; mas no quiso Roberto llegar á la mesa, ni menos comer cosa que le diessen, antes estaba mirando si darían alguna cosa al lebrel para se lo quitar, y conociendo esto el emperador le echó un pan entero, y el lebrel tomó el pan y comenzó á comer, y Roberto se lanzó tan presto debajo de la mesa, y tomó el pan y le partió por medio, y dio la mitad al lebrel y la otra mitad guardó para sí; y assentado cabe el lebrel comió su parte del pan, y el emperador fue muy espantado de la gran mansedumbre que el lebrel con Roberto tenía sin jamás le haber visto; y cuando Roberto hubo muy bien comido, se levantó, y fue por la sala passeando y mirando á todas partes, y á las veces andaba hacia atrás, y otras veces se dejaba caer; otras veces miraba en alto. Y andando por la sala mirando, como dicho he, vido abrir una puerta por donde entraba á una huerta muy deleitosa, y había una fuente muy hermosa en ella; y él fue corriendo cuanto pudo para la huerta, y fue corriendo á beber á la fuente; y estuvo todo aquel día sin salir del palacio; y venida la noche estuvo mirando lugar conveniente donde reposar, y vio tras unas escaleras un poquito de paja donde tenía un podenco su cama, y con mucho placer se acostó allí con el podenco; y como le viessen algunos y lo dijessen al emperador, mandó el emperador que le diessen una cama en que durmiesse, mas Roberto nunca quiso dejar aquel lugar por cosas que le dijessen. Assí que Roberto, criado en grandes vicios y deleites, durmiendo en camas muy molidas y en palacios muy bien entoldados, y que solía vestir ropas muy costosas y comer manjares muy delicados, á quien muy grandes señores servían y acataban con honrra grandíssima, paciencia y humildad, está echado tras las escaleras con un perro, y de la porción de los perros tomaba su sustentamiento natural, sin querer cosa alguna; y con tan gran mensedad [1] sufre ser de pequeños y de mayores escarnecido, burlado y menospreciado.

Cap. XV.—*Cómo Roberto el Diablo tenía muy gran enojo con los judíos.*

Estando Roberto en los palacios del emperador, fueron convidados algunos mercaderes estranjeros, entre los cuales había un riquíssimo judío, que de la mayor parte de las alcabalas y rentas del emperador tenía cargo. Y estando á la mesa comiendo, entró Roberto en la sala, y cuando vio al judío comer con los cristianos, fue dello muy mal contento en su corazón, y de grado le matara, sino por no enojar al emperador, y no pudo estar sin burlarle; y tomó el podenco en los brazos, y llegóse al judío por detrás y tiró de su ropa para hacerle volver, y en volviendo el judío la cara, tuvo Roberto al perro en las manos y se lo hizo besar, de lo cual quedó el judío muy corrido, ca todos se reían de la maña que Roberto tuvo, ca era gracioso y muy sagaz en sus dissimuladas locuras, y en todos sus hechos estudiaba ser

[1] Sic.

agradable á todos y no enojoso á ninguno, y assí cumplía su penitencia con mucha astucia, aunque por loco lo tenían.

Andando un día Roberto por Roma con un gran palo en la mano, por parecer más loco, vio gran compañía de judíos que llevaban una novia judía muy ricamente ataviada, y fue corriendo jugando con el palo por espantar los judíos, y la llevó en un trenmedal que cerca estaba y la echó dentro; fuese para la casa del novio, y halló una grande olla de carne para los convidados, y sacó toda la carne que en ella estaba, echó en ella un perro y un gato que por casa andaba, y salióse con su palo, sin que nadie le osasse hacer mal ni decir nada. Todo cuanto hizo aquel día fue contado al emperador, de lo cual se rió mucho él y toda su corte.

Cap. XVI.—*Cómo el almirante del emperador, con gran número de gente cristiana y pagana se alzó contra su señor, porque no le quiso dar su hija por mujer.*

En el mesmo tiempo que Roberto andaba por Roma y hacía su penitencia, como dijimos, un almirante vassallo del emperador, hombre de gran linaje, muy feroz en condiciones y muy esforzado y valiente en armas, y muy sabio en hechos de guerra, hizo demandar la hija del emperador por mujer; y como el emperador no la quisiesse casar con él, ni con otro, porque era muda, el almirante allegó á sus parientes y gente de guerra gran multitud, y assimesmo muchedumbre de paganos, que en aquel tiempo confinaban con los romanos; y apercebida toda aquella gente, y él por capitán de todos ellos, entró por las tierras del emperador haciendo gran destruición y daño. Cuando el emperador supo el daño que sus vassallos recibían, y la perdición de su tierra, mandó venir todos los sabios de Roma á su palacio, y habido su consejo, mandó otro día juntar todos los principales caballeros de su imperio por saber si había alguno que al almirante favoreciesse; y desque los halló todos leales, y deseosos de poner sus haciendas y personas á su servicio, mandó muy presto que se llegasse toda la gente que se pudiesse allegar para ir contra sus enemigos, y venida la gente y puestos sus capitanes como en tal hecho se requería, el emperador por principal guía de todos ellos, salieron de la ciudad en buena ordenanza; y otro día á hora de nona llegaron á donde estaban los enemigos esperándolos, y apercebidos de su venida, y el emperador hizo apercebir la gente para entrar en ellos, y comenzaron una muy cruel batalla, que duró hasta que la noche los despartió; y perdió el emperador mucha gente, y fue forzado retraerse á un lugar suyo que cerca estaba; y otro día por la mañana el almirante envió á decir al emperador que saliesse á la batalla; mas el emperador estaba muy triste, ca había perdido mucha gente y los más principales caballeros y esforzados, y por esto no osaba salir á la batalla, temiendo llevar lo peor si á sus enemigos saliesse; y fortaleció el lugar pensando que habría socorro de sus parientes y amigos; mas el almirante conoció el estrecho en que estaba, mandó luego combatir el lugar, por lo cual fue forzado al emperador salir á la batalla con la poca gente que tenía.

Cap. XVII.—*Cómo el ángel dio un caballo blanco y armas á Roberto para que fuesse á ayudar al emperador.*

Estando Roberto en los palacios del emperador, muy triste por las nuevas que habían venido á la corte, entró una mañana en el jardín para beber en la fuente como había acostumbrado; y después que hubo bebido, arrimado á un árbol, se puso á pensar en los hechos del emperador y la pérdida de su gente, desseando mucho favorecerle por dos razones: la una por emplear sus fuerzas contra los infieles y menoscabar los enemigos de la fe católica; la otra por no caer en el vicio de la ingratitud, y satisfacer parte de los beneficios que en los palacios del emperador había recebido. Y estando en este pensamiento, oyó una voz del cielo que le dijo: «Roberto, Dios manda que te armes con estas armas, y cabalgues en este caballo, y vayas á ayudar al emperador, que está en muy gran afrenta metido». Volviendo Roberto la cara, á la mano derecha vido un caballo blanco muy hermoso y un arnés muy lucido, y una gruessa lanza con una espada muy rica. Entonces hincó las rodillas y dio gracias á nuestro Señor Dios, y con gran gozo se armó y cabalgó en el caballo muy ligeramente, y dio dos carreras por el jardín, jugando de la lanza como si estuviera entre los enemigos, y bien pensaba que ninguno le veía; mas la hija del emperador, que á una ventana trassera de su aposento estaba por se recrear mirando el jardín y la fuente, estuvo mirando desde que entró hasta que salió, y se holgó mucho de le ver armado y menear la lanza. Y Roberto salió por la puerta trassera del jardín, y á gran priessa fue para donde estaba el emperador con su gente, que estaba para volver rienda á huir. Y cuando Roberto vio la gente desbaratada,

comenzó de correr y rodearlos, por meterlos en ordenanza y hacerlos volver á la batalla. Y desque los hubo llegados á todos, hizo apartar los heridos que no eran para pelear y los otros puso en ordenanza. Y todos lo miraban por maravilla, tan apuesto estaba en el caballo, y por el grandor de la lanza, mas no que fuesse conocido de ninguno dellos. Luego abajó la lanza, é hizo señas á los suyos que le siguiessen, y como un león bravo entró en los enemigos, y antes que la lanza quebrasse derribó sesenta caballeros en el suelo. Luego echó mano á la espada, y comenzó de hender cabezas, cortar brazos y piernas, y derribar caballeros y peones; y en poco espacio fueron conocidas sus fuerzas y temidos los grandes golpes de su espada. Y Roberto los siguió de contino hasta que los metieron en huida y quedó el campo por el emperador, y él se hurtó de la gente, y escondidamente se volvió á Roma, y halló la puerta del jardín abierta, y entró dentro y desarmóse muy presto, y puso las armas encima de la silla del caballo, y fuesse á palacio, y el caballo desapareció. Y la hija del emperador, que le viera ir, estaba sobre aviso por le ver cuando volviesse, y le vio desarmar, y vido cómo el caballo y las armas desaparecieron, y fue muy maravillada, y dijéralo á su padre si pudiera hablar.

Cap. XVIII.—*Cómo el emperador volvió á Roma con victoria, y cómo su hija por señas le dijo que Roberto había vencido la batalla, y la segunda batalla que hubo con el almirante.*

Como el emperador vio á sus enemigos desbaratados y puestos en huida, volvióse para Roma, por lo cual fue muy bien recebido de sus ciudadanos. Y llegados á los palacios, entró Roberto donde estaba, dissimulando el loco como solia, y traía un rasguño por la cara que le dieron en la batalla, y cuando el emperador le vio, dijo: «Algún hombre de poca crianza hirió este loco en la cara»; y dijo un caballero: «Señor, esso le fue hecho cuando estábades fuera de aquí; mas mandades que ninguno le enoje, pues que á ninguno hace mal»; y el emperador assí lo mandó que ninguno no le hiciesse mal, so pena de su indignación, y en todo esto estaba presente Roberto, dissimulando siempre que ninguna cosa entendía. Y después preguntó el emperador por el caballero que le había ayudado en tan grande necesidad, mas ninguno le supo decir quién era. Y dijo entonces el emperador: «Quien quiera que sea, es el más esforzado caballero que yo vi en toda mi vida, y más entendido en hechos de guerra. No creo que un solo caballero hizo jamás tanto como él hizo por su persona. ¡Oh! ¡cómo querría conocerlo por le galardonar el el beneficio que dél recibimos! pues bien señalado andaba: su caballo era blanco y sus armas muy lucidas, y más hermosas que otras ningunas».

Cuando la infanta entendió que el caballero del caballo blanco venció la batalla, hubo gran placer, y quiso decir por señas lo que viera hacer á Roberto en el jardín, mas nunca la pudo el emperador entender. Y mandó llamar unas honradas dueñas que de la administrar y servir tenían cargo, y les dijo que parassen bien mientes en las señas de su hija, si entendían lo que quería decir; y las dueñas dijeron: «Señor, vuestra alteza sabrá que la señora infanta vuestra hija dice por sus señas que el loco que en tus palacios vive venció la batalla, y dice que lo vio armado en un caballo blanco, y dice que después de vencida la batalla y desarmado el loco, vio maravillosamente desaparecer el caballo y las armas». El emperador le dijo: «Dueñas, si más diligencia no ponéis en enseñar mi hija, yo os mandaré castigar por ello; en lugar de la adoctrinar la tornáis más loca, en decir que un hombre sin sentido y sin razón hizo tan grande hazaña como el que la batalla venció. Porque no solamente es valiente por su persona, mas sagaz y muy astuto en los hechos de la guerra; su saber y industria basta para regir cien mil combatientes». Entonces se despidieron las dueñas con la infanta, y se volvieron á su retraimiento, y quedó el emperador hablando del caballero que le ayudara; y de ahí á algunos días el almirante allegó sesenta mil infieles y treinta mil cristianos, y vino sobre Roma por se vengar del emperador, y el emperador salió de la ciudad con todos los romanos que para llevar armas en ella se hallaron; y libraran mal con el almirante y su gente si Roberto no los socorriera, el cual halló las armas y el caballo en el jardín como la otra vez hallara, y entró en la batalla con tanto denuedo, que en poco tiempo fue conocido de la una parte y de la otra; y tan feroz andaba entre los infieles, que ninguno se le paraba delante ni le esperaba un solo golpe. Si mucho hizo en la primera batalla, mucho más hizo en la segunda. Los caballeros del emperador dejaban de pelear algunas veces por le ver menear la espada y herir con ella, y cuando vido que no quedaba en el campo ninguno contra quien pelear, y que los del emperador tomaban pacíficamente las tiendas y riquezas de los enemigos, muy discre-

tamente salió de la gente y entróse en Roma sin ser de ninguno conocido ni visto, salvo de la infanta, que le viera armar y salir del jardín y estaba á la ventana esperando cuando vendría, y le vido venir y desarmarse; y vio cómo desapareció el caballo y las armas, como la otra vez, mas no lo dijo á ninguna persona, porque entendía que tan poco crédito le darían como antes, y Roberto entró en el palacio, dissimulando el loco como solía.

Cap. XIX.—*Cómo Roberto venció la tercera vez al almirante y á su gente, y murieron muchos infieles.*

Venido el emperador de la batalla con gran vitoria, mandó hacer pesquisa entre los caballeros si sabía alguno quién era el caballero del caballo blanco, que la segunda vez le sacara de tan grande afrenta; mas no pudo saber por entonces quién era, y no passaron muchos días cuando el almirante, con mucho mayor poder y mayor número de infieles, llegó hasta las puertas de la ciudad de Roma, y venidas las nuevas á noticia del emperados, quedó muy atemorizado, por el gran poder que sus enemigos traían, aunque mucho confiaba en el ayuda del caballero que en los tales peligros le favorecería, y con esta esperanza, más que con esfuerzo de su gente, mandó apercebir caballeros y peones para acometer á sus enemigos; mas antes que de la ciudad saliesse, mandó que veinte caballeros [1] y treinta peones tuviessen cargo de seguir al caballero del caballo blanco, y que de grado ó por fuerza supiessen adonde tenía su assiento y cómo se llamaba, y salió de la ciudad con toda su gente y fue á acometer á los enemigos. Roberto entró en el jardín y halló el caballo y las armas aparejadas, y una lanza muy gruessa, y fue en un punto armado, y cabalgó en su caballo y salió del jardín y de la ciudad sin ser conocido, hasta que entró en la batalla; y en entrando viérades derribar caballeros y caballos, y falsar y despedazar armas, y atropellar peones, y de rato en rato rodear su gente con mucha diligencia por que no recebiessen tanto daño de los enemigos, que eran muchos; y por abreviar, hizo tanto por fuerza de armas, que el almirante, con solamente cincuenta caballeros, se salvó á uña de caballo, y los otros quedaron todos, que muertos, que heridos y maltratados en el campo, y Roberto se quiso hurtar de la gente como hacía las otras veces, y los caballeros y peones que sobre aviso estaban le vieron salir de entre la gente y atajáronle el camino, y él, assí como los vio, empezó á huir á rienda suelta, por no ser conocido. Y un caballero que llevaba un caballo muy ligero y holgado le seguió gran trecho de camino. Y cuando vido que se iba tiróle la lanza que llevaba y hirió á Roberto en el muslo, y quedó el hierro dentro del muslo; ni por esso dejó de huir hasta meterse en el jardín sin ser visto de ninguna persona, salvo de la infanta, que por le ver estaba adrede á la acostumbrada ventana. Y cuando fue desarmado, desapareció luego el caballo y las armas. Y pensando que ninguno le veía, cató su llaga y sacó el hierro que dentro estaba, y lo metió debajo de una piedra cerca de una fuente, y después se puso ciertas yerbas en la llaga para restrañar la sangre, [y] guardándose de cojear cuanto podía se fue á palacio haciendo más locuras que solía, por no ser conocido; y en aquel instante entró el emperador, y luego el caballero que hiriera á Roberto contó al emperador cómo le hiriera, y cómo le quedara el hierro en el muslo; y el emperador fue muy contento dello. Y mandó que secretamente se buscasse en toda la ciudad si hallarían caballero que tal herida tuviesse y llevasse caballo blanco, mas no se halló tal caballero en toda Roma; y como el emperador estuviesse muy deseoso de saber quién era el caballero, y satisfacerle tan gran beneficio, mandó pregonar por toda su tierra que el caballero que ayudara en las batallas, quien quiera que fuesse, que viniesse á su corte y se manifestasse, que en galardón de tal beneficio le daría á su hija por mujer, con la mitad del Imperio.

Cap. XX.—*Cómo el almirante, por se casar con la infanta, hija del emperador, se metiera el hierro de una lanza por el muslo, y caballero en un caballo blanco se fue para la ciudad de Roma, y dijo al emperador que le había vencido las batallas y le había ayudado, que mantuviesse su palabra.*

Oyendo el almirante el pregón del emperador, fue por ello muy alegre, pensando por ello venir á lo que tanto deseaba, y movido por codicia y no menos lastimado de los amores de la infanta por casar con ella y suceder en el imperio, maliciosamente hizo traer un caballo blanco, y después tomó un hierro de lanza y se lo metió por el muslo, y con poca compañía se fue para Roma, y envió á decir al emperador que le pluguiesse de oirle; y el emperador le mandó venir

[1] «Trente chevaliers», según el texto francés publicado por Löseth (v. 3.084).

á sus palacios, maravillándose mucho de su venida. Y llegando delante del emperador, dijo: que él era el caballero del caballo blanco, que las tres batallas venciera en su favor; y el emperador, después de haber pensado un poco en ello, le dijo: «Cómo, ¿no sois vos el almirante mi enemigo? ¿cómo puede nadie ir contra sí mesmo?» El almirante, como hombre mañoso y muy cauteloso, respondió: «Señor, no se maraville vuestra alteza de cosa que hombre preso en los amores y lazos haga. El amor encendió su poderoso fuego en mi pecho, cuyas ardientes llamas abrasan mis entrañas por tu única hija la infanta, siendo ella inocente dello, y sólo amor me movió á hacerte guerra por servirte en ella, como te serví contra mi gente, hurtándome della al tiempo de su vencimiento y tu mayor necessidad. Y cata aquí el hierro de la lanza y cata aquí la llaga que tu caballero me hizo por conocerme». Cuando el emperador vio la llaga y el hierro de la lanza, tuvo por muy verdadero lo que el almirante le dijera.

Y agora dejaremos de hablar del almirante y del emperador, y diremos de Roberto, que estaba debajo de la escalera con los perros muy malamente herido.

Cap. XXI. — *Cómo el ángel anunció al santo ermitaño que la penitencia de Roberto era cumplida, y le mandó de parte de Dios que fuesse á Roma y se lo dijesse.*

Roberto hizo su penitencia con gran devoción, sin jamás cessar de rogar á Dios le quisiesse perdonar sus pecados; fue tanta su contrición, que le hizo capaz de la misericordia de Dios; el cual por su infinita bondad le quiso sacar del estiércol donde yacía entre los perros, y assentarlo en la imperial silla. Quiso [que] el que era menospreciado, habilitado (1) y de todos escarnecido, fuesse por su gran humildad ensalzado, acatado y de todos honrrado. Y estando el almirante en Roma, como dijimos, el ángel del cielo vino al monte donde estaba el santo ermitaño, confessor del Padre Santo y de Roberto, y le mandó ir á Roma, y que dijesse á Roberto que su penitencia era cumplida y Dios era contento dello, y le dijesse que hablasse de ahí adelante. El santo ermitaño dio gracias á Dios, y muy gozoso salió del monte, y fuesse para la ciudad en busca de Roberto, y como hubiesse andado toda la ciudad sin haber nuevas ni señas dél, muy congojoso entró en la iglesia de San Pedro á hacer oración. En este instante llegaron el Padre Santo y el emperador con gran número de ciudadanos romanos para velar al almirante con la hija del emperador; la cual, contra su voluntad, después de haber mesado sus cabellos, muy cruelmente herido y rasguñado su delicado rostro por la traición del almirante, que sola ella sabía, hubo de consentir en el casamiento. Y llegados á la puerta de la iglesia, ya que el preste los quería velar, milagrosamente habló la infanta, y dijo al emperador su padre: «Señor, dad gracias á Dios que por su infinita misericordia me ha restituído la habla, por que la gran traición del almirante sea conocida y publicada, y su venenoso deseo no viniesse en ejecución. Con maldad dijo que venciera las batallas, ca el que las venció y te ayudó en contra él y su gente está en tus palacios; yo le vi armar tres veces, y cabalgar en un caballo blanco y salir por la puerta trassera del jardín en favor tuyo, y vencida la batalla volvía por la mesma puerta y se desarmaba muy prestamente, y milagrosamente desaparecía el caballo y las armas, y la postrera vez vino malamente herido en un muslo, del cual sacó un hierro de lanza y lo enterró debajo de una piedra cabe la fuente que estaba en el jardín; todo esto vi de la ventana de mi retraimiento». Cuando el Santo Padre y los que presentes estaban vieron el gran milagro, y vieron assimesmo la turbación del almirante, quedaron muy espantados, assí por la nueva habla della como por el gran engaño dél. Y el Padre Santo dijo á la infanta: «Doncella, decid quién es el caballero que tanto por el emperador vuestro padre hizo, por que no sea ajeno de lo que con tanto trabajo mereció»; y la infanta dijo: «Tu santidad verá en los palacios de mi padre ser verdad todo lo que digo. Y verá el hierro de la lanza, verá assimesmo el caballero que en esfuerzo y virtud á todos los caballeros del mundo vence, en humildad ningún religioso se le iguala». En la mesma orden que vinieron á la iglesia se volvieron al palacio del emperador, y el almirante escondidamente se fue como desesperado, y el santo ermitaño que estaba en la iglesia siguió al papa y á la otra gente por ver el milagro. Y cuando llegaron al Palacio, la infanta llevó al papa y al emperador al jardín, y sacó el hierro de donde le enterrara Roberto, y el caballero trajo el asta de la lanza con que le hiriera y conocieron ser aquel hierro sin ninguna duda, y después fueron á la escalera donde Roberto estaba echado con el podenco que le lamía la llaga sin tener otro cirujano, y el emperador le llamó, pensando

(1) Sic, por «aviltado».

que se levantaría, para hacer mirar el muslo; mas Roberto, que en ver al Padre Santo y á la infanta con tanta multitud de gente sospechó la causa de su venida, y por no ser conocido se mostró ser del todo fuera de sentido y carecer de todo entendimiento, y comenzó de burlar del Papa y del emperador, haciendo gestos muy disformes. Y cuando algo decían, parábase á jugar con el podenco, y por cosa alguna no quiso salir detrás de la escalera ni dejar el podenco. El Papa le dijo: «Yo te mando de parte de Dios, que hizo el cielo y la tierra, que si tienes poder de hablar, que hables, y respondas á lo que preguntáremos». Cuando Roberto lo oyó assí hablar, pensó descabullirse dellos y huir por esconderse donde no le hallassen; y levantóse muy súbito con el perro en los brazos, y dio tres ó cuatro saltos por entre la gente por salir della, y cuando fue en pie, el ermitaño que allí estaba tuvo lugar de le mirar el gesto, y conocióle y adelantóse cuanto pudo por llegar á él, y díjole: «Amigo, ya no celarás tu nombre, que eres conocido ser Roberto que dicen el Diablo; y agora tienes otro nombre más agradable, ca eres llamado *hombre de Dios*; conviene que hables de aquí adelante, ca tu penitencia es cumplida, y Dios está contento della, y á esto sólo soy enviado». Entonces Roberto, llorando muy recio, hincó las rodillas en el suelo, y alzando las manos al cielo, y dijo: «Oh todopoderoso Dios, fuente de misericordia y de piedad, ¡cuánta es la merced que hoy recibe este indigno siervo, y cuánto bien por tan simple trabajo! ¡Ruégote, por aquella inefable bondad, que en todo tiempo te quieras acordar de mí, porque no me desvíe de la carrera de tus mandamientos, y te merezca loar y bendecir para siempre jamás!» Cuando el Padre Santo y los otros que presentes estaban oyeron las tan concertadas razones de Roberto, y el grande sossiego suyo, fueron muy maravillados. Y la infanta fue dello muy alegre, con esperanza que aquel había de ser su marido, porque sus grandes hazañas le habían ya metido algunas centellas del amoroso fuego en sus castas entrañas, y su graciosa habla fue causa que de las muy pequeñas centellas procediesse un poderoso fuego, cuyas llamas por todas las partes de su cuerpo prendieron al corazón y cautivaron la libertad y sojuzgaron los sentidos, porque Roberto ya más no partiesse de su memoria. Y el emperador dijo á Roberto que le pluguiesse casar con su hija, que de grado se la daría, pues que tan merecida la tenía, que después de sus días sucedería en el imperio. Mas Roberto no quiso, escusándose que le convenía ir á ciertas romerías y cumplir ciertos votos. Y estuvo tan solamente aquel día y la noche con el emperador, y otro día se despidió del emperador y de todos los cortesanos y salió de Roma; y sin ser visto de ninguno se metió en un monte, y en el más apartado lugar dél hizo su habitación, con propósito de no salir de allí hasta que Dios le llamasse (1); y quedó el emperador muy triste, y assimesmo los caballeros, y en muy mayor grado la infanta, y estuvo algunos días que no se supieron dél. Y dende á poco tiempo, el ermitaño, por mandado del ángel, fue en busca de Roberto por el monte adelante, y díjole que Dios le mandaba ir á Roma, y que se casasse con la hija del emperador, y que á ellos decendería generación agradable á nuestro señor Dios.

Entonces salió Roberto del monte y se vino para Roma, y el emperador y su gente pensaron que venía de romería, y fue muy bien recebido. Y de ahí á pocos días se casó con la infanta, y fueron hechas las bodas tan solenes como para hija de tan gran señor y tan señalado caballero pertenecían. Y estuvo Roberto tres años en Roma en gran placer con su mujer. Y después le vinieron nuevas que su padre el duque Auberto, duque de Normandía, era muerto, por lo cual pidió licencia al emperador para ir á Normandía con su mujer, y el emperador, viendo la justa razón que Roberto tenía, aunque en gran grado le pesaba de su partida, le hubo de dar licencia, y se partió de Roma con muy grandes presentes y dádivas, y acompañado de muy honrada compañía (2).

Cap. XXII.—*Cómo llegó Roberto en Normandía con su mujer, y las malas nuevas que hubo de Roma.*

Como Roberto hubo llegado á su tierra y los caballeros supieron su venida, fueron

(1) «Su objeto—dice la edición de cordel—era ir al monte y consultar con el santo ermitaño si debería ó no contraer el matrimonio que se le había propuesto.»

(2) El desenlace es completamente distinto en el poema francés del siglo XII publicado por E. Löseth. En el poema, Roberto rechaza los ofrecimientos del Emperador y resuelve vivir con el ermitaño, muriendo más tarde en olor de santidad y siendo enterrado en San Juan de Letrán. Análoga conclusión ascética se observa en otras tres versiones antiguas: el «exemplo» de Esteban de Borbón (s. XIII), el cuento que sirve de introducción á las *Crónicas de Normandía* (s. XIII), y la redacción en prosa alemana del siglo XV, publicada por Borinski en el vol. XXXVII, pág. 44 y sigs. (año 1892) de *Germania*. Löseth sospecha que las cuatro versiones indicadas representan una refundición del final primitivo, que era probablemente el mismo de nuestro texto y de la tradición popular.

muy alegres, y saliéronle á recebir con grande honra y acatamiento; y la duquessa su madre perdió gran parte de la tristeza que tenía por la pérdida del marido, y holgó mucho con la venida del hijo. Y Roberto le contó los trabajos que había passado en Roma. Y supo Roberto cómo después de haber fallecido el duque su padre un caballero se alzó con una fortaleza, y había hecho grandes agravios á la duquessa su madre; mandóle venir á la corte, y como no viniesse, fue con gran compañía de caballeros y peones, y combatieron la fortaleza, y mataron los que dentro estaban, y prendieron al caballero y lleváronlo al duque Roberto, y fue llevado á la ciudad de Roán, y dende á pocos días le hicieron cuartos como á traidor. Estuvo el duque Roberto pacíficamente con su mujer y su madre dos años. Y sabiendo el almirante que Roberto estaba tan apartado de Roma, diciendo que ya no había quien ayudasse al emperador, entró con muy gran poder en su tierra, quemando villas y lugares, y matando grandes y pequeños. Y como el emperador tuviesse mayor confianza en el duque Roberto que en los caballeros de su imperio, envió sus embajadores al duque Roberto que le pluguiesse de le ayudar contra el almirante.

Cap. XXIII. — *Cómo el duque Roberto se partió de Normandía para Roma á ayudar al emperador su suegro, y de la muerte del emperador y del almirante.*

Llegados los embajadores romanos á la ciudad de Roan, donde á la sazón estaba el duque Roberto, fueron muy bien recebidos, y hecha su embajada, el duque Roberto luego mandó allegar treinta mil hombres de pelea, y encomendó su tierra á un honrado caballero y á su mujer la duquessa, y se fue para Roma; y llegando á Roma, le dijeron cómo el emperador era muerto en una batalla á manos del almirante; y otro día, con algunos caballeros romanos y con la gente que consigo trajera, salió de Roma con muy gran deseo de topar y verse con el almirante, para vengar la muerte del emperador su suegro; y en saliendo de la ciudad supo cómo estaban sus enemigos en un campo llano media legua de Roma, y él guió para allá; y desque los vido, hizo cuatro partes de su gente y cuatro capitanes, y él fue capitán y guía de la primera capitanía; y desque vido oportuno tiempo, fue á herir á los enemigos que ya le esperaban á la batalla, y entrando peleando, miraba de contino al almirante, y miraba assimismo que su gente no se desmandasse, rodeándola á menudo, levantando á unos y ayudando á otros, dando armas al que no las tenía y esforzándolos lo más que podía. Assí que con esfuerzo, aunque eran pocos en número, eran muchos en fortaleza, y con gran denuedo pelearon los unos contra los otros hasta la hora de nona; y como el duque anduviesse mirando por conocer al almirante, vido un caballero que traía un yelmo dorado y todas las otras armas muy lucidas, y el caballo muy poderoso; como él le vido, pensó que era el almirante y trabajó mucho para llegar á él, y desque tuvo lugar conveniente, bajó la lanza y hizo señal al caballero que se defendiesse, y el caballero, como le vido venir para sí, abajó la lanza y fuele á encontrar, y quebró la lanza, y el duque Roberto le falsó las armas y le metió muy gran parte de la lanza por los pechos, y luego mandó á los caballeros que lo llevassen á Roma, diciendo que con aquello que no pagaba la traición que hiciera á su señor; y el caballero le dijo: «Ruégote, caballero, que no mengües mi fama como acortas mis días, ni me pongas nombre en la muerte que viviendo no merecí». El duque Roberto le dijo: «¿No eres tú el almirante, que mataste sin causa á mi señor el emperador?» Y él le dijo que no traía el almirante tales armas, ni tal escudo; «ca sus armas no son doradas ni muy lucidas, por no ser conocido; y en el escudo trae un león negro, y su caballo es rucio». En acabando de decir aquello espiró el caballero, y Roberto se metió á donde vido mayor priessa, que no parecía sino un fiero león, siempre mirando á todas partes por ver si vería al almirante, y tanto le buscó, que le vio haciendo gran daño en los suyos, y como le conociesse en las señas que el caballero muerto le diera, tomó una gruessa lanza y fuesse para él, y llamóle que se defendiesse; y el almirante fue servido de otra lanza, y encontrándose tan animosamente que quebraron sus lanzas sin quedar lisiados, y después echaron mano á las espadas, y el duque Roberto dio al almirante tal golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo, y le hendió la cabeza hasta los dientes; y cuando los suyos le vieron muerto quisieron huir para salirse de la batalla; mas el duque Roberto les había tomado los passos con su poca gente, en manera que muy pocos se salvaron que no fuessen presos ó muertos; y cuando los suyos ya hubieron tomado todas las tiendas y todas las haciendas de sus enemigos, luego mandó á todos que se retrajessen, y con grandíssimo placer de la victoria

se volvieron para Roma, adonde fueron muy bien recebidos, y mandó llevar el cuerpo del almirante, y al otro día siguiente lo mandó arrastrar por la ciudad, y mandóle poner en cuatro cuartos, y después mandó hacer las obsequias y honras del emperador muy cumplidamente, y estuvo en Roma muy querido y amado un año, y después dejó un pariente suyo en su lugar, y puso en todas sus fortalezas alcaides de su mano; y él se tornó para Normandía, y todos los caballeros lo salieron á recebir y fueron muy alegres de su venida, y más la duquessa su madre y su amada mujer, aunque estaba triste por la muerte del padre; y hubo el duque Roberto en su mujer un hijo que llamaron Ricarte, el cual fue muy esforzado caballero y hizo señaladas hazañas en ensalzamiento de la santa fe católica, como se lee en las corónicas francesas. Y fue duque de Normandía después del duque Roberto su padre, el cual como sirviesse á Dios de corazón, feneció sus días santamente.

Dios, por su santíssima bondad, nos dé gracia de vivir en este mundo de tal suerte que nuestras ánimas merezcan subir á la gloria del paraíso, [y] sean colocadas en el número de los escogidos. Amén.

FIN